

Formar lectores: alfabetización editorial

SOFÍA DE LA MORA CAMPOS

Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco

*Los libros son espejos: solo se ve en ellos
lo que uno ya lleva dentro.*

Carlos Ruiz Zafón

La universidad es un espacio de contención social educativa que aglutina, con objetivos específicos, a diferentes actores que describen, definen, argumentan, articulan, dialogan y crean todo aquello que promueven los procesos culturales del conocimiento. De allí que su observación y análisis, como agentes en espacios concretos, son propicios para que, desde sus *cuerpos textuales* (De la Mora 2019), susciten un desarrollo colectivo en las diferentes áreas disciplinarias, multidisciplinarias y transdisciplinarias.

Considerando el entorno sociohistórico en el que hoy se encuentran las estrategias educativas para dar respuesta a necesidades, identificadas en las últimas décadas en torno a los procesos de aprendizajes, es posible impulsar la integración de herramientas, técnicas y métodos para generar y fortalecer competencias. Para ello, es necesario apoyar a que el universitario –docente,

La formación de lectores más allá...

estudiante y gestores administrativos culturales– identifique sus articulaciones y tensiones con los procesos, tanto de enseñanza-aprendizaje como de apropiación cultural de contenidos. Una de las vías es promover la integración de la *alfabetización editorial*; darle sentido al papel de la edición, del libro, de la biblioteca y de la librería, vinculados con el conocimiento y la construcción cultural científica, social y humanística, así como una estrategia para el desarrollo de la lectura, la escritura y la oralidad.

El hilo histórico del soporte libro y de los procesos editoriales van a la par con el papel que han jugado dichas competencias en las políticas públicas educativas. Sin ahondar mucho en ello, es necesario asentar que los soportes tecnológicos y la manufactura, así como los recursos materiales, de lenguaje y de comunicación, han impulsado diversas formas de conocer y de transmitir, pero sobretodo, dejar huella del paso de las experiencias y de los saberes obtenidos, un proceso social donde se pone en juego el placer y la apropiación de contenidos desde lo personal hasta lo colectivo.

La historia del libro condujo al segundo cambio tecnológico cuando el códice sustituyó al rollo de pergamino, poco después del comienzo de la era cristiana. En el tercer siglo a.C., los códices –esto es, los libros con páginas que se podían volver, al contrario de los rollos de pergamino que había que desenrollar– se convirtieron en un factor clave para la difusión del cristianismo. Cambió la experiencia de la lectura: surgió la página como unidad de percepción y los lectores podían hojear un texto claramente articulado, y que acabó componiéndose de palabras diferenciadas (separadas por espacios), párrafos y capítulos, a la vez que sumarios, índices temáticos y otras ayudas al lector (Darton 2010, 36-37).

El recorrido por diversos hilos de la historia del libro, de la lectura y de la escritura, aunadas a las expresiones y de lenguaje determinadas por el contexto y las condicionales sociales y políticas, le dan consistencia a los procesos de construcción del sujeto en su espacio contemporáneo que permitirán la búsqueda de una cultura del conocimiento.

El Seminario de investigación de lectura¹ convocó, en 2019, a la reflexión sobre “La formación de lectores más allá del campo disciplinar” consecuente con planteamientos y reflexiones que se han dado desde diferentes perspectivas ante las capacidades de los universitarios en cuanto a la lectura, la escritura, la comunicación y el acceso a la información junto con las transformaciones que se observan en la construcción de los textos, el uso de los diferentes soportes y aplicaciones, donde la multimedia juega ya un papel.

Esta reflexión y propuesta es producto de la indagación, la investigación y la intervención donde el objeto de estudio es la interacción de esas competencias con los procesos y los actores editoriales. Se busca construir las bases que permitan acercarse al valor del libro, en toda la extensión de la palabra, así como de los actores y agentes que le dan forma, contenido y sentido; es decir, revalorizar el objeto, tanto físico como digital, y articularlo con el proceso de enseñanza-aprendizaje para la comprensión, el análisis y la lectura crítica desde los distintos géneros discursivos académicos apostando a que esto favorecerá la integración del conocimiento en el ámbito universitario.

Comprender y hacer evidentes los hilos que constituyen la historia y la evolución del lenguaje permite ofrecer un contexto que valida las estructuras discursivas que hoy se tienen –literarias, académicas, estéticas–, producto de un entorno biológico, cultural y simbólico, como parte de ese proceso del imaginario y de expresión del placer.

La edición será siempre un espejo donde se reflejan todos los problemas culturales, económicos, sociales y científicos, y deberá convertirse en un punto de encuentros. Para ello se tienen que vencer los obstáculos existentes en la propia universidad, además de los derivados de la problemática concreta de la industria y el comercio del libro (Anaya 2010, 4).

1 Desarrollado en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México el 29 de agosto de 2019.

El libro es un espacio integrador de procesos, actores y agentes, por lo que claramente es un objeto promotor del diálogo, disciplinario y multidisciplinario. Es un pretexto, un provocador, activa y sintetiza lo que la academia procesa. Asimismo es un desafío cotidiano ante la estética del objeto como tal y la construcción de un lenguaje acorde con todas las variables que hoy ponemos sobre la mesa. Se parte de la premisa de que todo esfuerzo vinculatorio de los espacios al interior de las instituciones, favorecerá la construcción de una cultura del libro y la lectura y así, de las tareas, los proyectos y los programas propios de una comunidad universitaria.

Al hablar de alfabetización académica, tema eje de la mesa en la que se participó, se hace referencia al entorno universitario de leer y escribir textos disciplinarios referidos en una bibliografía curricular para que el estudiante tenga un acercamiento al lenguaje, así como a conceptos e ideas que le permitan teorizar y proyectarse hacia su vida laboral. El desarrollo de estas competencias permite el encuentro con los procesos de construcción del conocimiento en un espacio social y educativo determinado.

Asimismo, con la conceptualización de *alfabetización editorial* se pretende hacer referencia al conjunto de prácticas culturales en torno a textos donde se fomente el acceso de los estudiantes a las diversas disciplinas, por lo que la articulación con el proceso del libro es indispensable. El trabajo en aula se caracteriza por las prácticas de interacción con los textos de las asignaturas junto con las intervenciones de los docentes. Es decir, es necesario impulsar el trabajo de los contenidos aunado al valor del objeto libro que permita el acercamiento a los interlineados editoriales que coadyuvarán a la incorporación de los alumnos a las acciones retóricas particulares de cada materia.

El libro es uno de sus actores que articula, vincula y promueve un sin fin de vivencias; acercarse a comprender sus entrañas permite reconocer y evidenciarlo desde otra mirada y contribuir a la vida académica en general, donde estudiantes, docentes, investigadores y demás universitarios se verán beneficiados.

La vida (el texto) que no se cuestiona no vale la pena vivirla (leerlo).

Sócrates, filósofo

En el proceso de producción del libro, se dice que para ser un objeto “completo” se cuenta con los tres actores principales: el autor, el editor y el lector, que le dan vida a la escritura con la lectura. También sabemos que no son los únicos, ésa ha sido una de las tareas que el gremio editorial ha asumido a través de la visualización en diferentes espacios, pero el camino de reconocimiento social es largo todavía, la profesionalización es una de ellas.

A su vez, esta relación de todos los actores del libro requiere de un análisis desde diferentes perspectivas, ya que el proceso editorial se entrelaza necesariamente con la construcción social cultural del individuo y de su comunidad; de allí que la condición universitaria se enmarca de demandas en competencias disciplinarias que debieran darse en la educación preliminar, tema de otra reflexión.

El libro es un objeto cultural que conlleva un proceso de vinculación con la palabra, con el pensamiento, con el sentimiento, con el conocimiento, pero también con el papel, la tinta, la caja tipográfica... un espacio donde, desde el autor hasta el lector, participan diversos actores que hacen posible que se desarrollen e integren visiones que le dan sentido a un movimiento de un ir y venir, desde la escucha al escrito, desde el texto a la lectura, desde el sonido hasta el conocimiento.

La cultura es conversación. Pero escribir, leer, traducir, editar, diseñar, imprimir, distribuir, catalogar, reseñar, pueden ser leña al fuego de esa conversación; formas de animarla. Hasta se pudiera decir que publicar un libro es ponerlo en medio de una conversación; que organizar una editorial, una librería, una biblioteca, es organizar una conversación (Zaid 2016, 115).

La formación de lectores más allá...

Los actores que hacen el libro y quienes están ocupados por promover la escritura, la lectura, la creación de contenidos y la conformación de mercado, en términos muy generales, podemos decir que son el editor, el corrector, el diseñador, el tipógrafo, el promotor, el impresor, el formador y el ingeniero web, entre muchas piezas de un gran rompecabezas que coadyuvan en beneficio del contenido y la lectura. El libro es un objeto de consumo cultural donde se vinculan procesos de producción, inmerso en la demanda compleja del mercado. Por ello, no podemos categorizar a sus actores y agentes y menos insertarlos en una estructura de comportamiento rígida o lineal.

Por más eruditos y humanistas que sean, *los editores producen objetos incompletos por naturaleza*. Un libro es un objeto en busca de un lector, y no puede realizarse como objeto cultural hasta que no encuentra un lector. *Ese lector es muy mal caracterizado cuando se lo define simplemente como un cliente* (Ferreiro 2002, 22).

Así que, para concebir una obra como objeto cultural universitario, podemos recurrir a Bourdieu (2008) para comprender la producción, el campo de producción, la relación entre el campo de producción y el campo de recepción; es decir, la posición del autor y del lector en sus campos respectivos y sus interrelaciones, como también se puede categorizar, en este caso, la del profesor-alumno y/o la del investigador-estudiante. Para ello, es necesario categorizar al grupo del universitario, al conjunto de actores que participan en la construcción de los saberes y que le dan forma para establecer un contacto necesario con el lector, y podemos también definir que esto tiene origen desde el concepto autoral, de quien investiga y escribe.

Los momentos, los espacios y los tiempos en que cada actor o agente se vincula y apropia del libro es distinto, cada uno que lo ve, lo lee, lo toca, contribuye, le suma experiencia, le da un valor desde su mirada, esa es parte de la belleza del proceso del libro, de allí la propuesta es evidenciar las entrañas de la letra, reconocer los blancos que constituyen la silueta de la lectura.

*Leer no tiene una definición unívoca.
Cada época y cada circunstancia
histórica le dan sentidos nuevos.*

Emilia Ferreiro (2002),
psicóloga y pedagoga

La universidad es un espacio fundamental en la estructura educativa que tiene como objetivos centrales la docencia, la investigación y la difusión de la cultura donde confluye un amplio abanico de agentes. En todo momento hay algo que está en juego, entre la plática y la reflexión se da, de forma diferente, un proceso de consolidación y crecimiento cultural; están las aulas, los pasillos, los cubículos, la cafetería, los jardines, los auditorios, la biblioteca, entre muchos otros lugares que forman parte de eso que es una universidad: es el *campo* institucionalizado para la formación de profesionales, para el crecimiento académico y es desde donde se generan contenidos para la difusión del conocimiento que está en constante desarrollo.

En general, se observa que las relaciones que se dan en el aula con los diferentes actores y espacios que lo determinan están desarticulados y fragmentados por la manera en que se va organizando. En muchas ocasiones, la relación entre los contenidos, los textos, las actividades y las interacciones, así como el desconocimiento de otras acciones que se pueden dar fuera de los muros del aula. Esto influye en el desarrollo de las competencias de lectura, escritura y oralidad, indispensables para la formación profesional.

Es fundamental hacer evidente que en la actualidad la sociedad lectora, los motivos de la escritura y los espacios naturales universitarios son promotores para la exposición, la discusión y el análisis de las distintas visiones, posturas, ideas, encuentros y desencuentros donde un amplio abanico de agentes, quienes entran y salen todos los días, permiten que sea un espacio vivo, en constante movimiento.

Es necesario acercarnos a lo que hoy llega al aula: estudiantes con formas de vida donde lo multi, inter y transdisciplinario están presentes, con una visión del mundo globalizado quizá no explicado. Se detecta que llegan a la universidad con rezago de conocimientos, saberes y herramientas que debieran darse en la educativa básica, variable que está presente y que forma parte del entorno para la formación del docente y así encontrar estrategias para su resolución.

Por ejemplo, el encuentro con el libro. Ese paso complejo: la librería, la feria, la biblioteca, espacios naturales del libro; allí están colocados según el deseo y preferencia mediado por un sinfín de circunstancias de mercado y de perfiles. Los libros están ya a la espera de responder a un motivo, pero posiblemente se atravesó el deber, el rechazo, el enojo, así que entrar, perderse, seleccionar no es tarea fácil. Es un proceso que no es deseable, el universitario tiene ese condicionamiento escolarizado, tarea difícil para el bibliotecario, el librero, el promotor, pero detrás estuvieron el autor, el editor y todos los que intervinieron el texto para obtener ese objeto-libro que está colocado en el librero, como buscando brillar entre tantos... Si el espacio se convierte en un “nuestro” y no en el “de aquel” que ordena, conduce o mercantiliza, quizá limite la lectura a ser “superficial”, al no responder a necesidades, preguntas, deseos o encuentros espontáneos.

La colocación en los libreros puede ser compleja, pero poco a poco, si se genera la oportunidad, el proceso de ver portadas, es decir, títulos, autores, editoriales, imágenes quizá se irá obteniendo un sentido que llame la atención. Tomarlo, ver la cuarta de forros, atrevernos a quitar el plástico; abrirlo y, desde allí, nacerá esta vinculación del lector, el objeto, el proceso editorial, el contenido... saber recorrerlo pudiendo responder ¿qué nos deja cada una de sus partes, leer las solapas, entender la página legal, involucrarse con los índices, darle sentido al colofón? Y más aún, tocar el papel y sentir si es agradable, si la tipografía e interlineado facilitan la lectura, poder fijar los ojos en la palabra, la oración, el párrafo, el tema, los capítulos, los subtemas, los cuadros, las gráficas y, de pronto, hay un sí o un no, pero quizá habrá otro

junto que llame la atención. Lo mismo puede suceder en los espacios virtuales que son aparentemente accesibles, también tienen ventajas y limitaciones y siguen un esquema de clientelismo, de compra-venta, el contacto para el encuentro con el contenido funciona cuando se conoce lo que se busca, las reseñas ayudan pero puede no ser suficiente.

Las razones para leer son extraordinariamente diversas. Fuera de la escuela y del trabajo, leemos para divertirnos, para informarnos, para evadirnos de la realidad (conocer continentes nuevos, planetas imaginados, mundos virtuales), para aprender sobre épocas o personas del pasado (novela histórica, biografía), para mejorar un idioma extranjero, para conocer la tradición de una cultura (cuentos populares, romances, poemas épicos, manga), para emocionarnos (poesía, teatro), para reírnos de nosotros mismos (cuentos humorísticos, sátira y parodia). Es una lista interminable (Cassany 2019, 171)

En los currículos disciplinarios se ofrece un listado de lecturas con toda la rigurosidad académica, se pondera con todo sentido, al autor, el contenido y, posiblemente, el objetivo de esa lectura, pero, en general, se desconoce la obra en conjunto ya que la tendencia es a fragmentar, se desconocen portadas, índices, traductores, años, editores; en fin, la historia, la razón, la forma de ese libro, su vida editorial. Hay un desapego que conlleva a que objeto, espacio, contexto, lugar, disciplina y cuestionamientos no logren integrarse, es como si conociéramos las letras, quizá la palabra, pero entramos en la dificultad de comprender las oraciones, los párrafos, los capítulos... De allí la necesidad a integrar conceptualmente a la *alfabetización editorial*, una provocación indispensable.

La lectura de libros como un hábito, como una costumbre cotidiana y saludable para todos, en todo el mundo, es una noble utopía o un generoso equívoco producto del optimismo. Como toda utopía, transita por un camino de buena intención empedrado de no pocos equívocos (Argüelles 2008, 32).

Ahora bien, es conveniente preguntarse ¿dónde y qué lee el universitario? Se tiene la premisa de que el estudiante lee de forma obligatoria para responder a su proceso de aprendizaje ligado a la acreditación exigida por la lógica de aprobación del espacio escolar. Sus prácticas de lectura las hace de forma parcial, una gran parte en fotocopias o en la pantalla de su celular o tableta, posiblemente en el transporte público o en condiciones no apropiadas. Se percibe que el académico, docente e investigador, al que se supone que su lectura está en los textos que propone para el aula y de aquellas que responden a su demanda de investigación, realiza una lectura de ensayos, investigaciones o tesis como parte de su actividad docente. Es el sujeto de quien se presume tiene una cultura del libro y la lectura.

El trabajador administrativo, en específico aquel que está vinculado con espacios de cultura, es un actor al que prácticamente no se ha observado. Es quien transita por la universidad demandando textos que le coadyuven en su crecimiento laboral, o simplemente una conducción ante la lectura de placer. Ellos además realizan actividades que son necesarias para que fluya correctamente la información en documentos institucionales y, en muchas ocasiones, son quienes atienden espacios de promoción de la lectura, de la edición y distribución del libro, entre otros aspectos que los hacen parte de ese entorno universitario.

Se puede destacar a los editores universitarios: ellos son lectores principalmente enfocados en los textos para su producción y en la actualidad con mucha presencia en la decisión de publicaciones que marcan la ruta a seguir, lo que los hace una pieza clave junto con los libreros, distribuidores y bibliotecarios. Esto abre muchas preguntas, muchas formas de lectura, un entorno que se debe observar para proporcionar resultados que contribuyan en la decisión editorial universitaria, así como perfilar un programa que articule al autor, al libro, la lectura y la escritura.

¿Dónde están esos textos para el aula?, ¿dónde está esa publicación del académico que debiera buscar su vinculación y evaluación al interior de su propia institución?, ¿dónde está la institución articulando los espacios de librería y biblioteca?, ¿qué pasa en los

pasillos y los jardines?, ¿por qué ese cúmulo de malas fotocopias?, ¿cómo se está incorporando la lectura en pantalla?, ¿qué función tiene la incorporación de nuevas tecnologías al aula, a la producción y consumo editorial, a la consulta bibliotecaria?, ¿cómo se articulan todos esos actores, esos procesos y espacios en la vida universitaria?, ¿cómo se relacionan los profesores autores con los esquemas de producción y consumo editorial y cómo lo articulan con el estudiante y las instancias universitarias?

Las interrogantes anteriores abren a la exploración de los aspectos que afectan de forma directa e indirecta el ambiente de aula. Uno, es la relación con ese entorno de aprendizaje, de los recursos y las herramientas, la relación del sujeto y el objeto comprendido. El aula es el lugar propicio, es claro que rebasa esos muros al existir un entorno que proveerá de los contenidos a partir de una dinámica de vinculación. De allí que los procesos de colocación del libro universitario toman relevancia en el aula, en el cubículo, en la librería, en la biblioteca y en las ferias del libro bajo el esquema de una *alfabetización editorial*.

La verdad es que nuestro poder, como lectores, es universal, y es universalmente temido, porque se sabe que la lectura puede, en el mejor de los casos, convertir a dóciles ciudadanos en seres racionales, capaces de oponerse a la injusticia, a la miseria, al abuso de quienes nos gobiernan (Manguel 2005, 11).

REFERENCIAS

- Anaya Rosique, Jesús. 2010. *Editar en la universidad. Paradojas y retos*. Medellín: Editorial Universitaria de Antioquia.
- Bourdieu, Pierre. 2008. *Cuestiones de sociología*. Madrid: Akal/Istm-

La formación de lectores más allá...

- Cassany, Daniel. 2019. *Laboratorio lector*. Barcelona: Anagrama.
- Darnton, Robert. 2010. *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado*. Madrid: Trama Editorial.
- De la Mora Campos, Sofía. 2019. “El universitario: construcción del cuerpo textual.” En *De la lectura académica a la estética*, coord. Elsa M. Leyva Ramírez. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Domingo Argüelles, Juan. 2008. *Antimanual para lectores y promotores del libro y la lectura*. México: Océano.
- Ferreiro, Emilia. 2002. *Pasado y presente de los verbos leer y escribir*. 2ª. ed. México: FCE.
- Manguel, Alberto. 2005. *Una historia de la lectura*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Ruiz Zafón, Carlos. 2010. *La sombra del viento*. España: Grupo Planeta.
- Zaid, Gabriel. 2016. *Leer*. México: Océano.